



MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Dionisio Moreno Barrio, Obispo de Coria, concede 50 días de indulgencia a todos y cada uno de los lectores de esta hoja parroquial.

Domingo de Septuagésima

Santo Evangelio

San Mateo, XX, 1-16

En aquel tiempo: Dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos se parece a un padre de familias que al romper el día salió a alquilar jornaleros para su viña, y ajustándose con ellos en un denario por día, enviélos a su viña. Saliendo después cerca de la hora de tercia, se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y dijoles: Andad también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Otras dos veces salió a eso de la hora de sexta y de la hora de nona, e hizo lo mismo. Finalmente salió cerca de la hora undécima, y vió a otros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: ¿Cómo es que estáis aquí ociosos todo el día? Respondiéronle: Es que nadie nos ha alquilado. Dijoles: Pues id también vosotros a mi viña. Puesto el sol, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores, y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en los primeros. Venidos, pues, los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darian más. Pero no obstante, estos recibieron igualmente cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraron contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los han igualado a nosotros que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas

él por repuesta dijo a uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo, y vete; yo quiero dar a éste, aunque sea el último, tanto como a ti. ¿Acaso no puedo yo hacer de lo mío lo que quiero? ¿O ha de ser tu ojo malo o envidioso, porque yo soy bueno? De esta suerte los postreros serán primeros y los primeros postreros. Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

COMENTARIO

¡Qué hermosa es la parábola de los obreros de la viña y cuántas enseñanzas entraña en cada una de sus circunstancias!

Obreros somos todos en el mundo, no ciertamente del trabajo material, del cual pueden eximirse los favorecidos de la fortuna, sino del trabajo espiritual, del cual nadie puede escusarse: porque solamente las buenas obras acompañarán a nuestra alma después de la muerte.

¡Y qué labor tan asidua necesita nuestro corazón y nuestra alma para que produzca esos frutos sazonados, que de esta heredad privilegiada espera el Padre de familias!

Cierto que hay en nuestra alma inclinaciones nobles y arranques generosos en nuestro corazón y aspiraciones sublimes en nuestra voluntad; pero todas estas cualidades que puso Dios en el hombre en su creación, fueron malogradas o perturbadas por el pecado de nuestros Primeros Padres y desde entonces fue nuestro corazón tierra

maldita que produce abrojos y espinas, que hay que arrancar con el mismo esfuerzo y perseverancia con que hay que cultivar la tierra para que produzca buena semilla.

Somos inclinados por esta concupiscencia a las cosas de la tierra, cuando nuestro porvenir está en el cielo: somos inclinados al placer de los sentidos, cuando el alma suspira por el del espíritu: somos orgullosos y altivos, cuando Jesucristo exige que le imitemos en la humildad y mansedumbre: somos susceptibles y vengativos, cuando el Señor nos impone ser generosos y mortificados.

¡Cuánto hay que trabajar en la heredad de nuestra alma para que en vez de abrojos y espinas produzca virtudes!

La Doctrina Cristiana

La Doctrina Cristiana es la ciencia de nuestra Fe, sin la que no es posible la salvación.

Siendo, pues, necesaria a todos la ciencia de la Fe, es absolutamente preciso el conocimiento de la Doctrina Cristiana.

Si hay entre nosotros tanta indiferencia religiosa, tan aterradora frialdad en el pueblo cristiano, se debe única y exclusivamente a la ignorancia del Catecismo, a la falta de esa ciencia que nos lleva al conocimiento de Dios y de todo lo concerniente a nuestra santa Religión.

Conocer a Dios es amarle, porque El es el Bien sumo. Los que no le aman, es porque no le conocen.

De aquí la necesidad que tiene el pueblo de esta instrucción religiosa, y los vivos deseos de la Iglesia de que todos sus hijos sean convenientemente educados en ella.

Es la más horrible de las desgracias la ignorancia de la Religión de Cristo. Y así como sería una deshonra que un abogado ignorara las leyes, y un médico la medicina, es una ver-

dadera deshonra también que el cristiano, cualquiera que sea su profesión, aun siendo iletrado o analfabeto, ignore el Catecismo.

Podemos asegurar que los únicos analfabetos son los que no saben el Catecismo, aunque sepan las demás ciencias; y que los únicos sabios son los que tienen la verdadera ciencia de Dios, aunque ignoren todo lo demás.

Los que ignoran el Catecismo no saben dónde entran cuando entran en la Iglesia, y no saben lo que tienen que hacer allí en cumplimiento de sus deberes de cristianos. ¡Qué desgracia no saber cómo portarse en la casa de Dios, cuando tanto deseamos saber portarnos en las casas de los hombres!

Por eso el que asiste a los sermones, si no sabe la Doctrina, no entiende lo que le dicen, porque el predicador habla a los que ya están debidamente instruidos. Y por eso hay tantos que no reciben gusto de la predicación, si no les halaga sus oídos con la elocuencia puramente humana.

MI PARROQUIA, si ha de cumplir sus fines más elementales, tiene por necesidad que insistir sobre la enseñanza de la Doctrina, porque sin ella de nada servirá todo lo que pretenda ilustrar a los fieles.

No extrañen los lectores de la Hoja Parroquial que tantos artículos dediquemos al mismo asunto, y que procuremos hacer simpática a todos la obra de la Catequesis, o enseñanza de la Doctrina, porque es el único medio de dar a conocer y amar a Jesucristo. Y si eso conseguimos, todo lo conseguiremos; y sin eso, nada habremos adelantado y trabajaríamos en balde.

Las Marías y la Catequesis

Una casa sin niños, ha dicho el insigne Selgas, es una maceta sin flores; pero un niño sin religión es una flor sin aroma. Y las Marías, como María Magdalena, queremos y buscamos aro-

mas, flores con aromas para Jesús. Por eso cultivamos jardines infantiles donde se forman plantales, o lo que es lo mismo, pimpollos de Marías y Juanes.

Los corazones de los niños son ángeles de tronchadas alas con la naturaleza envenenada, y las Marías mediante el conocimiento de Jesús Hostia, debemos extraerles el virus de la concupiscencia y darles las alas del amor y de la gracia para que vuelen al Sagrario.

El corazón del niño está anémico con frecuencia y es necesario que mediante la instrucción catequística le abramos el apetito del único reconstituyente capaz de vigorizarle para que, como otro Tarsicio, se deje matar antes que abandonar a Cristo, y cual Justo y Pastor con el catecismo en la mano digan a los tiranos que les invitan a renegar de Cristo. «Aquí estamos, por el catecismo conocemos a Cristo, puedes quitarnos la vida, pero no nos quitarás a Cristo, porque ni la vida ni la muerte ni la persecución nos separará de Cristo. Nosotros no abandonamos a Jesús».

En muchos niños el espíritu duerme atrofiado por el virus de indiferencia y sensualidad que les rodea; y el catecismo es el antídoto.

Citaré un ejemplo. Era en tiempos de las guerras de religión promovidas por los herejes hugonotes, y entre los cristianos defensores de la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía se distinguía un joven, cuya aplicación al catecismo en su infancia fué muy notoria. Celebrábase en un pueblo de Flandes la procesión del Corpus. Esta debía pasar por un bosque, lindante con la propiedad de un bárbaro hereje: Detrás de unos árboles, a distancia calculada, espiaba el hugonote armado el paso del sacerdote que llevaba la Santa Custodia.

El infame apuntó a la Hostia tres veces santa...; observando esta acción nuestro bizarro cristiano, se interpuso entre el desalmado y el Santísimo... Salió el tiro..... La bala derribó

al heroico cristiano a los pies del sacerdote y de Jesús Hostia. Observó el sacerdote que, aunque mortalmente herido, el joven vivía. Entonces, sin dudar un punto, con mano temblorosa saca la Sagrada Hostia del viril y se la da al héroe moribundo diciendo: «Hijo mío, digno eres de recibir a Jesús Hostia tú que mueres mártir de la Eucaristía».

Marías hermanas mías: he aquí nuestro apostolado, hacer de los niños, jóvenes que presenten sus pechos a las balas enemigas del Amor de los Amores.

Los niños de hoy son en flor los hombres, los padres y madres de mañana, son la sociedad embrionaria; hay que sanarlos, robustecerlos y, si eso logramos por medio de la doctrina cristiana, habremos sanado el árbol social de raíz y habremos dado con la clave única del gran problema social.

¿Qué hace el abandonado del Sagrario?... Sufre y lucha. Jesús sufre de verse tan olvidado de los hombres. He aquí la primera misión de las Marías: consolar a Jesús que sufre, por los que no le aman.

Jesús lucha, por atraerse los corazones de sus hijos: He aquí la segunda misión de las Marías: ayudar a Jesús ganándole almas que se dediquen a amarle.

Tengo por cierto que, cuando hablando Jesús a las turbas les dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí, muchas mujeres no se contentaron con dejar pasar a los niños; ellas mismas los buscaban y les señalaban a Jesús diciendo; id, id todos, que Jesús os llama. Eran aquellas las primeras Marías que ayudaban a Jesús en su empresa de rodearse y acompañarse de los pequeños.

Además los niños son los mejores cooperadores que podemos encontrar para nuestra Obra: y cuenten que no hablo del mañana sino del presente. Instruir a los niños en las verdades de la fe es lanzar el mejor cebo para pescar almas a Cristo.

(Continuará)

Cultos de la semana

Hoy, domingo, las Misas a las siete y media, ocho y nueve, siendo la parroquial la de esta última hora.

Por la tarde a las seis el ejercicio ordinario con catequesis de adultos y exposición. A las cuatro continúa la novena en honor de San Blas en su propio santuario.

En los demás días las Misas a las siete y media, ocho y ocho y media; por la tarde la novena de San Blas a las cuatro, y a las seis el rosario, meditación y exposición en el templo parroquial.

El jueves la comunión de los coros eucarísticos en las tres Misas, y por la tarde, además de la novena en la ermita del santo mártir, la Hora Santa en la Parroquia, a las seis.

El viernes las Misas en la capilla de N. P. Jesús Nazareno y por la tarde la novena a su hora y el ejercicio de los viernes con los cultos de costumbre.

El sábado a las tres y media de la tarde Vísperas solemnes en la ermita de San Blas, y a las seis el rosario de costumbre en la Iglesia y la Sabatina en la ermita del Vaquero.

La Mesa de San Blas

—Qué te parece de la fiesta de San Blas en la tarde de las Candelas?

—Hombre, te diré: hay cosas en esa fiesta que me parecen muy bien, y cosas que me parecen muy mal.

—Tú siempre eres raro, y en todo has de ver alguna falta.

—No lo creas; quisiera no verme nunca obligado a censurar, sino tener siempre en la boca palabras y frases de alabanza.

—Pero no me negarás que esta fiesta es la más típica y verdaderamente popular y tradicional de Cáceres.

—Sea como tú quieras. Y yo formaría de ella el mismo concepto que tú, si la limpiáramos de algunas cosas que, lejos de favorecerla, la perjudican en grande.

—¡Siempre exagerado! Apostaré a

que te refieres a los mascarones que suelen amenizar la fiesta.

—¿Amenizarla dices? Lo que hacen es quitarle, en cuantos está de su parte, el encanto y graciosa sencillez que de otro modo tendría.

—Pues no lo comprendo.

—Me explicaré. O esta fiesta es toda en honor de San Blas, o no tiene razón de ser esa inmensa concurrencia del pueblo en esa tarde y en ese sitio, ya que es el único día del año en que Cáceres entero baja a esa carretera. Tiene que tener, por lo mismo, la fiesta un aspecto religioso.

—Eso no se puede negar; pero hay que dejar que el pueblo se divierta y se expanda.

—Todo lo que quieras, siempre que sea decorosamente. Esa tarde se pone la Mesa de ofrendas en el portal de la ermita. Justo es que haya movimiento y alegría y pujas de platos y trasiego de roscas que regocijen a los niños, que en tan pequeñas cosas ponen su felicidad. Muy honesto y muy vistoso es que las jóvenes concurren ataviadas con sus primorosos trajes de charras y labradoras y artesanas, mucho más bellos que los estrechos saquitos de arroz en que hoy encierran sus cuerpos.

—Pues eso... ¡eso!

—Sí, pero no lo otro; lo de los diablillos que en forma de máscaras, pretenden dar a la fiesta un golpe de vista puramente profano y carnavalesco. Esos mascarones, donde quiera que estén, están mal; pero en ese sitio ni debieran consentirse.

—Pero esos son pocos.

—Afortunadamente, muy pocos; pero los suficientes para hacer lo que la mancha de aceite en un vestido flamante. Y además te diré otra cosa: es poco cristiano que algunas jovencitas, y nada digamos de muchos jóvenes, paseen por allí sin entrar, aunque sólo sea un momento, a saludar al Santo. No hay que olvidar que la fiesta es y tiene un origen puramente cristiano; y que estamos en un pueblo cristiano.